

DÍAZ DE RADA, Ángel: *Cultura, antropología y otras tonterías* (Madrid: Trotta, 2010), 293 pp.

El concepto “cultura” es uno de los pilares sobre los que se ha construido la disciplina de la antropología. Para muchos antropólogos, es la esencia de la propia disciplina; para otros, origen de una gran perversión, producida por su reificación. Hay quienes, como Ángel Díaz de Rada en este libro, reivindican este término como la piedra angular de la antropología; otros, como Adam Kuper y Lila Abu-Lughod están radicalmente en contra de que se siga usando. La gran aportación de *Cultura, antropología y otras tonterías* es que, más allá de las usuales controversias sobre los términos cultura, culturas o la propuesta de erradicar el término, Díaz de Rada propone una serie de herramientas para ver de qué se está hablando cuando se usa y profundizar en el significado del término en cada una de las críticas que se hacen de esta palabra. El título del libro da cuenta de la ironía de que, mientras que para algunos la cultura son “esas tonterías que hace o colecciona la gente cuando puede perder el tiempo” (p. 17), para otros llega a ser motivo de matar y morir. Díaz de Rada presenta el término “cultura” como una palabra fundamental de nuestra disciplina, planteando en el libro la necesidad de realizar una especie de trabajo de “restauración” con ella: no para convertir el término en una “verdad de fe”, sino como un espacio más de debate.

El libro tiene una inteligente estructura, aportando herramientas concretas para equipar al lector en su viaje a través de las páginas, como son una serie de definiciones claras y repetidas a lo largo del libro; así como un manojo de llaves que permiten abrir puertas para profundizar en el concepto de cultura. Comienza el viaje cortando tres gruesas amarras para poder navegar: la cultura no es un saber espiritual y es necesario dejar de contemplar la realidad desde la perspectiva del dualismo de la materia y el espíritu; la segunda consiste en aclarar que la cultura no es lo que hacen los artistas, ya que cualquier ser humano es agente de cultura; y, la tercera, que la cultura no es un grupo de personas, no es una nación, no es un cuerpo social, ya que la cultura “se predica de la acción social, es una propiedad de la acción social y no de quienes la ponen en práctica” (p. 19). Presenta, en el segundo capítulo, cuatro de las seis definiciones de cultura, que se van construyendo de forma progresiva. A continuación, el capítulo tres está dedicado a seis dificultades, a las que el autor llama “las seis llaves” como, por ejemplo, cómo compatibilizar el pensamiento universal con el de lo concreto, o aprender a mirar la vida humana traduciendo la acción en relación. Dedicar un capítulo (el cuarto) a ejemplificar cómo se pueden usar esas seis llaves. Los dos siguientes están centrados en una de las amarras que el autor cortó al principio: el dualismo entre materia y espíritu. Estos capítulos son los más teóricos y se alejan, de algún modo, del carácter divulgativo de la obra. Posteriormente incluye las otras dos definiciones de cultura. Una secuencia agudamente construida ya que para entender a dónde llega, hace falta el equipaje conceptual que se ofrece con las “seis llaves” y otros conceptos tratados en los capítulos anteriores. Todo lo explicado se pone en práctica en el capítulo ocho “Algunas preguntas con respuesta”, una lectura que debería ser requisito para personas que trabajan en medios de comunicación, en política y en otros campos. Tres de estas preguntas se desarrollan en los últimos tres capítulos (pp. 9-11) que están dedicados a la diversidad, la cultura como proceso político y a los relativismos.

Las menciones a los viajes, las amarras y las llaves no son un recurso estilístico que propongo yo al escribir esta reseña, sino que son metáforas sostenidas a lo largo

del libro junto a otras como el llavero y las puertas que se abren y cierran. Este recurso ayuda a entender las explicaciones de manera intuitiva y permite al lector adentrarse en diferentes niveles de profundidad dentro del tema, pero la acumulación de metáforas puede llegar a abrumar, entre la navegación, las cerraduras y el mundo de los conciertos musicales.

Según el mismo autor señala, el objetivo de divulgación ha guiado este proyecto. Así, el estilo del libro guarda un arriesgado equilibrio entre un registro coloquial y profundos conceptos teóricos. Cabe preguntarse por las convenciones que entran en juego al decidirse por este carácter divulgativo. Se utiliza un lenguaje “fresco” lleno de referencias a la vida cotidiana (cine, televisión, deportes...) y un tono informal, por ejemplo, cuando, a raíz de los comentarios a CNN+ de un especialista de la UNESCO en una cumbre sobre democracia, terrorismo y seguridad, el autor escribe: “Yo me pregunté entonces cuántas otras bobadas espontáneas habría dicho durante los trabajos de la cumbre” (p. 117); o cuando está en desacuerdo con Kuper y se pregunta, “¿Me he perdido algo o cuesta tanto entender que estos ‘símbolos’ de los que habla aquí Burke no son ideas sin cuerpo?” (p. 130). Son convenciones que responden al carácter divulgativo que el autor se propone como meta. Sin embargo, y es otro gran acierto del libro, no se queda en un plano de comida rápida para el consumo de fácil, rápida, aunque dudosa digestión de conceptos; sino que le dedica el tiempo y la profundidad de razonamiento para que se produzca una nutritiva digestión del tema tratado. No es por tanto, sólo un libro de divulgación sobre lo que se hace en antropología. Es también un espacio para abrir preguntas sobre la profesión, recomendable tanto para antropólogos como para otros expertos en ciencias sociales y humanidades, y para lectores de otras disciplinas y también de fuera de ámbitos académicos.

Esta capacidad de llegar a un público no especializado y también a expertos se consigue mediante un diseño que permite varios niveles de lectura, ya que incorpora un extenso cuerpo de notas a pie de página para poder profundizar en los debates que se mencionan. También incluye cajetines con información extra, que vienen muy bien para comprobar que se va entendiendo el texto, y una serie de figuras que permiten representar en imágenes las ideas principales de algunas partes del libro, como las llaves. Con estos dos recursos —cajetines y figuras— se proporciona información adicional y se rompe el diseño tradicional de texto corrido en un libro. Sin embargo, esta estructura corre el riesgo de que se pierda el hilo de la lectura y, a veces, resulta complicado seguir la narración principal; sobre todo cuando los elementos adicionales se insertan en mitad de una frase (pp. 36 y ss.).

Otro de los grandes aciertos de *Cultura, antropología y otras tonterías* es que se arriesga a explicar las cosas con claridad sin renunciar a la complejidad del tema y sin banalizarlo. Es raro encontrar un libro así. Introduce claves muy prácticas y concretas sobre la cultura. Sirvan como ejemplo las excelentes explicaciones de la diferencia entre relativismo moral y metodológico; o, en el debate sobre si prescindir o no de la palabra cultura, ante la sugerencia de algunos autores como García Canclini y García García de que se use la palabra “cultura” como adjetivo pasando a hablar de procesos o instituciones culturales, Díaz de Rada responde de forma contundente, “el uso del adjetivo ‘cultural’ es una pleonasia cuando lo utilizamos indiscriminadamente. Difícilmente puede cualificar algo una cualidad que opera universalmente. Hablar de ‘procesos culturales en la escuela’ es como hablar de ‘persona humana’ o de ‘los factores sociales en la bolsa’; pues no hay persona para la que no sea apropiado el adjetivo

'humana', comportamiento bursátil que no sea 'social', o acción escolar sin forma cultural" (pp. 92-93).

Los capítulos dedicados a las preguntas que sí tienen respuesta y a los relativismos deberían estar incluidos en las lecturas de cursos de iniciación de periodismo, ciencia política, sociología, historia, antropología... y, sobre todo, podrían ser una herramienta muy útil para gestores "culturales", personal del ministerio de "cultura", cualquier persona que trabaje en temas de diversidad "cultural" y, por supuesto, expertos en patrimonio. El tema de la diversidad y la universalidad de la misma cruzan todo el viaje que propone el autor, en esta nave-libro, superando etiquetas tan estereotipadas como "culturalista", "relativista", "idealista" o "materialista". Como el autor señala, cuando se juzga "idealista" o "materialista" la obra completa de un autor (o, como el caso de Kuper, un conjunto de autores), "no se comete una aberración intelectual menor que al juzgar a una población entera como 'española', 'nigeriana', 'catalana' o 'cherokee'. En ambos casos se trata de generalizaciones que oscurecen la complejidad real" (p. 133).

Se podría hablar de que hay un ritual de paso de la profesión antropológica vinculado al ciclo vital-profesional, que consiste en enfrentarse a la palabra "maldita", la letra escarlata de nuestra esencia/estigma. Basta repasar el compendio de Alfred Kroeber y Clyde Kluckhohn, *Culture. A Critical Review of Concepts and Definitions* (New York: Vintage, 1952) para ver el peso de esta discusión y sus variados puntos de vista; y en los 60 años que nos separan de esta publicación, el debate sobre qué es la cultura y la relación entre cultura y antropología ha tenido una intermitente presencia. Cabe recordar, por ejemplo, el artículo "Talking Culture" de Verena Stolcke de 1995, en el que alertaba contra los usos fundamentalistas de este concepto. Da la sensación de que con la madurez profesional viniera esa necesidad de hacer revisiones de los pilares que sostienen nuestro quehacer profesional: una y mil revisiones que muchas veces no aportan nada nuevo. Así, nada más ver el libro, no pude dejar de pensar "no, otro libro más sobre el concepto de cultura, no", pero al acabar de leerlo simplemente pasé la mano por la cubierta mientras le daba las gracias —al libro y al autor— con una sonrisa de satisfacción. Es un libro importante, un libro necesario: gracias. Termino con las palabras de Ángel Díaz de Rada: "no es el concepto de cultura el que debe ser arrojado por la borda, sino nuestra desidia cuando se trata de sacarle el lustre que merece para devolverlo, de nuevo, las veces que haga falta, a las voces del mundo social que de nuevo lo desgastarán, lo ajarán, a buen seguro. La *tontería* no se encuentra en el concepto de cultura, sino en nuestra indolencia como profesionales del lenguaje. De esa indolencia los antropólogos somos los principales responsables" (p. 179).

CRISTINA SÁNCHEZ-CARRETERO

Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit).

CSIC. Santiago de Compostela

MARCOS ARÉVALO, Javier y Rossana E. LEDESMA (eds.): *Bienes culturales, turismo y desarrollo sostenible* (Sevilla: Signatura Ediciones de Andalucía, 2010), 478 pp.

Esta obra es fruto de los trabajos realizados por los participantes en el proyecto de investigación interuniversitario *Bienes culturales, turismo sostenible, natural y cultural y memoria social en la Península Ibérica e Iberoamérica (Argentina-España)* y por